

ADOLESCENCIA, MELANCOLIA Y LENGUAJE*

Por LUIS JAIME CISNEROS

A Javier Mariátegui

Si nos remitiéramos a la experiencia diaria (y me remito a una experiencia de varias décadas), diríamos que a un muchacho no le agrada verse calificado de melancólico. Algunos creen (o sienten) que aludimos a un estado patológico y prefieren que los califiquemos de “callados”. Y es que entre los profanos corren varias acepciones; de un lado están los que tienen a la melancolía por sinónimo de *depresión*, y del otro lado forman fila los que creen que la palabra nombra la nostalgia, la saudade portuguesa. No faltan los que sostienen que el calificativo corresponde a la literatura romántica. Todos coinciden que, de un modo u otro, alude a un “vacío del alma”. Callado prefiere ser llamado el muchacho. Lo cierto es que cuando nos hallamos ante estados melancólicos estamos ante un “dolor” incommunicable que conduce a un paulatino desgano de la palabra y nos deja en los umbrales de

la perplejidad. Se diría que es el reino exacto de la inefabilidad.

Ante todo (y lo vio bien FREUD en *Luto y melancolía*), la situación melancólica se halla vinculada con una pérdida, con un afecto perdido. Los nexos antes establecidos quedan rotos por esa pérdida y uno queda entonces desadherido. Claro es que si la creación de aquellos vínculos genera una relación “erótica”, una ruptura de tales nexos ha de generar -en buen lenguaje freudiano- una situación “thanática”. Estamos, así, ante una ruptura de nexos, frente a una ruptura de comunicación -con-el-otro. Hay, por tanto, una negativa a “comunicarse-con”, pues eso implicaría una voluntad de “relación” y de “nexo”. ¿Por qué la negativa? Para desentenderse total y radicalmente del “otro”, de los otros, de la sociedad toda. Para anunciar que ese mundo ya no es “mi mundo” y no tengo nada que ver con él,

* Reproducido de LUIS JAIME CISNEROS: *Mis trabajos y los días*. Peisa, Serie Los Amautas, Bogotá-Lima, 2000. Con autorización del autor y el editor.

y que no me interesa, debo desligarme de cuanto signifique. Por tanto, no estamos en él, no está en nosotros, no existe; no existimos, no somos, no soy.

Este sentimiento de abandono comporta un progresivo deterioro del lenguaje, en la medida en que la existencia de éste -y su servicio- estaban necesariamente relacionados con la necesidad de expresarse (y vincularse) frente a los otros para que ellos tuvieran así noticia de mi existencia, implicada en esta compulsiva necesidad de relacionarme con ellos. Y es natural: si ya no sirve mi “decir-para el-otro”, puesto que no existe, sólo podrá servirme el lenguaje para la mismidad (la mía, no la del lenguaje en sí, necesitada de “los otros”). Y si ya no necesito de los otros, es asimismo natural que este valor adquirido anteriormente se vaya carcomiendo puesto que su función relacionante -meta de su decir- se deteriora. Y si ya no me sirve para el otro sino para mi propia mismidad, su carácter dialógico se pierde en beneficio del monólogo. De donde ahora sólo tendría el ritmo de mis reclamos: si es mi angustia, será angustioso, y si es mi melancolía, será melancólico. De todos modos ya no será el lenguaje de mi energía y mi ardor, puesto que ardor y energía eran síntomas removidos por mi necesidad de estar entre “los otros” (para responder a sus retos y convocatorias).

Admitiendo que así son las cosas, ¿cómo hacemos -en tanto que recepto-

res- para “escuchar” este lenguaje ensimismado, entrecortado y débil, desasistido de sus vitales rasgos melódicos (tan indiciarios de las intenciones y de los estados de ánimo), ahora que, porque ya no se cree en “el otro”, se adquiere la certeza de que el lenguaje no sirve para *decir* (=transmitir al otro) sino para *decirse* al secreto oído interior de nuestra vida solitaria? La conservación de los rasgos oralizantes resulta indispensable orientación para el interlocutor que busca penetrar en este mundo atractivo del adolescente silencioso.

Intentar este diálogo no solamente nos interesa como receptores sino también como organizadores del mensaje. ¿Cómo hablar (=relacionarnos lingüísticamente) con este ser melancólico refugiado en su incomunicación, que reniega de este instrumento que es el mismo *con el que y desde el que* podría tal vez ayudarlo? Porque lo que en verdad nos proponemos parece ser conversar con un mudo, aunque la analogía es discutible pues nada confirma que esta voluntad de “romper con el otro” a través del silencio comporte también la decisión de “no escuchar” y “no entender” (no decodificar) el lenguaje con que el otro pugna por derribar los muros levantados por el muchacho para aislarse y defenderse. Romper el silencio -al fin y al cabo- es un intento por derribar la obstinación y por devolver la palabra a quien ha decidido

olvidarla como vehículo de relación con la sociedad.

Acá se impone una reflexión. Toda la experiencia lingüística del individuo (su experiencia vital como hablante) es de naturaleza dialógica y contextual. A este muchacho refugiado en el umbral de la melancolía, visitado por asomos de depresión, realmente aislado en su vacío interior (tal vez hundido en la resonancia de sus músicas reconfortadoras) se le ha ido deteriorando el espacio físico vital en que venía actuando. Y no hablo, por cierto, de los padres ni de la familia, (cuya descomposición es asunto conocido); hablo de la descomposición de todo el entorno: pérdida de valores, relajamiento de las normas, quiebra de la autoridad, auge de la violencia moral, demorada degradación de la vida cívica, desconocimiento de la solidaridad, prestigio de la impiedad, revelación de formas nuevas de la sexualidad, torpe e intensificado prestigio de la adulación y la mentira, triste biografía de la amistad interesada y venal. Lo dicen todos, pero sin medir la intensidad del mensaje: las palabras ya no bastan para describir el horror, el lenguaje no acierta a defenderse y las palabras se llenan de más equívocos de los que el lenguaje está destinado por índole propia a soportar. La solución está a la vista. Si ya no se cree en la justicia ni en la escuela, ni en la amistad ni en el hombre, ¿para qué le sirve a este muchacho el lenguaje que lo revivía y reiventaba cada día y nos aseguraba de ese modo -mediante el

diálogo- la prolongación del espectáculo. La farsa está *ad portas*, y la farsa lejos de toda nueva verdad.

Y es que si el lenguaje se ha contagiado, en verdad, del deterioro social y está contaminado, tenemos que admitir que su capacidad de *decir* halla también deteriorada. Lo esencial del servicio lingüístico es ciertamente "decir", en función de un receptor que participe del código: el código tiene el secreto, nos vincula, nos salva. Pero para que todo ello se cumpla con eficacia, hay que *participar*. El lenguaje sin el código es un esqueleto sin vida, pero la vida le viene al lenguaje por el juego de la codificación y la decodificación, que son fruto de la participación en el código. La existencia del "otro" es para mí salvadora en tanto se apoya en mi certeza de que el código nos une: *dice* lo mismo para uno y para otro, y esa coincidencia es la que nos relaciona, nos comunica, nos hace hermanos y partícipes del *sentido*.

Pero si lo *dicho* ya no dice lo que estaba destinado a *decir*; si ya no se puede confiar en la incontaminación del código, ¿para qué *decir* lo que ya no dirá este instrumento conjetural que, en vez de unirnos, nos separa y traza abismos entre nosotros y perfora a la vez que ensancha nuestro abismo interior?

Tal vez ahora podamos ver con claridad. Si mi experiencia lingüística

es contextual y no se hace sin las cosas y los actos, ni sin las ideas y las reacciones y los sentimientos de los otros, ¿qué importará lo que el lenguaje diga, si ya no puede disimular, encubrir ni corregir tanto yerro infecundo y tanta miseria (la del ambiente, la de los otros, la mía misma, fruto del contagio)? Lo mejor es la asepsia. El lenguaje me difiende si no lo uso, porque ya no me llegará por esa vía la intoxicación ajena. Me desligo de todo si renuncio a él. Pero me reconcilio conmigo mismo si me acojo a él en la penumbra del monólogo, como si fuera el espejo de mi mismidad. Y desde ese silencio puedo reinventar el mundo, un mundo estrictamente mío, no compartido. Un mundo de silencio y mudez, que es la frontera con "los otros". Por supuesto que este lenguaje monologal es el mismo "sistema" negado a los otros por mí, y claro se está que vive alimentado por mi imaginación y mis ardores, nutrido de mi pena y mi soledad. Y pueden decir los otros (y hasta puedo admitirlo yo mismo) que todo tiene algo de "poético". Lo grave es que este soliloquio "poético" puede irremediabilmente conducir a la desesperación. Quizá nos ayude estudiar las analogías y metáforas surgidas en esta etapa de recuperación del lenguaje para la intimidad.

No es casual que este adolescente incurra en ejercicios de lengua literaria

(de preferencia, ejercicios poéticos en verso) o que se refugie en la música, o que practique la redacción de diarios íntimos. Descubriremos en ellos imágenes, analogías, juegos sintácticos, formas sutiles de comunicación que deben servirnos (si las estudiamos con esmero) para restablecer la comunicación perdida. Habrá que tener en cuenta los contextos culturales en que el muchacho ha ido adquiriendo y perfeccionando su competencia lingüística¹.

Buenos lectores suelen ser estos muchachos. LEZAMA LIMA, SARDUY, CORTÁZAR, los surrealistas (para no citar sino algunos mencionados con frecuencia en la conversación) constituyen la experiencia cultural inmediata. Es sintomático lo que hay de esencia barroca en el lenguaje imaginístico de todos estos autores, lo que su lenguaje ofrece de vacíos semánticos, de exaltación de lo vago y etéreo, de lo viscoso, del reino del sinsentido. La expresión artística por excelencia, el triunfo del mero lenguaje parece consistir para ellos en haber recobrado su esencia sensual sonora y haber renegado del significado "social" logrando así -a través del desconcierto racional- el estricto y desnudo esqueleto del sistema a merced de la euforia discursiva. De ese modo se desconcierta a "los otros", es decir, se

¹ En un país pluricultural y multilingüe como el Perú, el asunto pide investigación minuciosa.

rompe con ellos el concierto y los vínculos que el lenguaje solía crear, y se los deja librados a sólo la intuición y la libre asociación de imágenes. Y es claro que eso es el triunfo. Eso significa algo, y en verdad significó mucho cuando los lenguajes del modernismo, del simbolismo o del surrealismo surgieron en el decurso de nuestros usos lingüísticos. Pero (no lo olvidemos) triunfaron estos “estilos” frente a un contexto social y político que les permitía mostrarse como exitosos trabajos de la imaginación sobre el lenguaje, y que permitía al mismo tiempo ratificar la vigencia del otro fin social del lenguaje, que era el de ser vehículo indispensable para la interrelación inteligente.

Eso es lo que ahora ha cambiado. La estructura de la sociedad ha ido invadiendo los fueros del lenguaje y ha terminado por negarlo en su misma raíz. Mucho de lo que en los autores recién mencionados era un lujo evidente de la imaginación y fruto del uso artístico del lenguaje, es ahora en muchos jóvenes síntoma de una triste ruptura con la realidad y la razón. La imaginación no refleja el mundo de la libertad y no puede ayudar. Se renuncia al lenguaje porque -en el fondo- se está ante un vacío, una nada. La nada es incomunicable; privada como está de contenido esencial, se deja sentir y duele.

En muchos de estos jóvenes suele darse uno que otro signo premonitorio

en el campo del lenguaje. El recurso a la ambigüedad sintáctica, que resulta en verdad una estrategia de simulación para lograr, por un lado, que el lenguaje no diga concretamente nada, pero para convocar, de otro lado, al interlocutor a interesarse en la decodificación. El eufemismo en el terreno léxico aparece frecuentemente como procedimiento acompañante. Uno y otro se inician como alarde de destreza verbal, pero se dirigen a confundir y despistar al interlocutor, ante muchos de los cuales pueden hacer pasar sus textos como elegantes ejercicios de iniciación artística, aunque ante quienes estamos habituados al diálogo se descubren incapaces de mantener la estructura rítmica del discurso y se ven delatados por las quiebras de la melodía lingüística. Todo esto explica y justifica el triunfo de los textos Barrocos². En algunos de estos muchachos comprobamos que BORGES es “impasable” (“demasiado frío”, “muy cerebral”) y pierde ante la destreza verbal de un CORTÁZAR o las audacias léxicas de un LEZAMA LIMA. No es la penetración ideológica lo que puede atraerlos ni lo que ellos estén dispuestos a celebrar. Eso sería -claro está- reconocer que el lenguaje dice *algo* (y en tanto diga, vincula). Lo que celebran es la exaltación prodigiosa, la exhibición sensual de las palabras, el coruscante armazón de la sintaxis y la fruición gozosa de las imágenes dislocadas y audaces. Todo eso los

² Llamó la atención sobre dos libros de extraordinario interés: CLAUDE HAGEGE, *L'homme de paroles*, París, 1985; CHRISTINE BUCCI, *La folie du voir: De l'esthétique baroque*, París, 1986.

ayuda a ensimismarse a la distancia del resto. Ese lenguaje atrae porque precisamente tales juegos revelan que felizmente el lenguaje no es un calco de la realidad que asedia y agrede. De donde esta paradoja: el lenguaje social nos duele y hay que huir de él; el lenguaje individual permite sentirse creadores y nos alienta en la medida en que nos ayuda a afirmarnos y a crecer por dentro. Sólo que en ese umbral está la soledad.

Ser interlocutor de este muchacho no es fácil. En un muchacho situado en los umbrales del silencio, hay que lograr que a su espíritu llegue la *sophrosyne* de los griegos, para que en su interior coincidan armónicamente sentimientos y creencias, saberes y estimaciones. Eso exige suscitar creencias nuevas y distintas de las que lo han llevado a la situación que buscamos combatir. En suma, debemos acudir a la *kathárseis* aristotélica. Producir ese estado armónico en el alma del muchacho es indispensable, pero reclama que el arte del interlocutor sepa ser locuente, es decir, sepa ser *diá tou logon tekhné*, o sea,

sepa administrar lo que hay de curativo en la palabra. No se trata de ofrecer momentáneo consuelo sino de ayudar a que el ojo interior se abra y proyecte claridad a los ojos fisiológicos y pueda el muchacho ver (y por ende, comprender).

Debemos ser, pues, un decodificador preclaro, capaz de entender lo que desde su silencio nos va diciendo esta criatura. Sin comprender, no podremos hacer uso de nuestro lenguaje. Sino que la palabra que ofrezcamos debe conducir a la verdad a través de un lenguaje en algún modo bello. Sólo el *lógo kalós* tendrá efectos terapéuticos. Pero esta belleza no está encomendada a la retórica sino a la textura. *Lo dicho* debe ser sustancioso de contenido, congruente en su organización y de sonido armonioso, para ser eficazmente persuasivo, ajustado al oyente. Sin esa armonía contextual no habrá comunicación lograda. Pero hay que saber escuchar. Saber escuchar es lo que ata al otro: nuestra atención “dice” al interlocutor *nuestra* simpatía y *nuestro* interés y le ofrece una imagen clara de nuestra voluntad de participación, de nuestra disposición interior (la *paráskhesis* platónica).